

## SEMBLANZA DE RAOUL FOURNIER

FERNANDO ORTIZ-MONASTERIO\*

Es para mí un privilegio tomar la palabra en la ceremonia en que la Academia Nacional de Medicina da carácter oficial al nombramiento de Académico Honorario que fue conferido hace unos meses al Dr. Raoul Fournier.

Esta distinción que se otorga a personas de méritos relevantes, contribuciones extraordinarias a la medicina, recae en esta ocasión en uno de los miembros más distinguidos de esta Corporación; uno de los personajes más sobresalientes de la medicina mexicana del último medio siglo.

Hacer una semblanza del Dr. Fournier es una tarea grata y fácil, puesto que ha trabajado mucho y en muchos aspectos de la medicina. Su labor, donde quiera que uno investigue, cualquiera que sea la fuente que se consulte, aparece siempre rodeada de un halo de simpatía y agradables recuerdos; se habla siempre de una eficacia sin pretensiones; de autoridad ejercida con suavidad.

La tarea es, a la vez, difícil, puesto que muchos, antes que yo, han hablado y escrito sobre Don Raoul y no puedo evitar el riesgo de ser repetitivo. Difícil también porque si me limitara a sólo enunciar sus logros en el terreno profesional tomaría demasiado tiempo y daría una visión incompleta del hombre.

\* Académico titular.

Creció el Dr. Fournier en la provinciana ciudad de México de principios de siglo. Las fechas exactas no son muy importantes puesto que los hombres como él no tienen edad. Sus relaciones personales con los que lo rodean, trascienden las diferencias cronológicas en un sentido y en otro. De manera natural combinó el refinamiento intelectual del ambiente familiar con una sensitiva percepción del medio y de la gente; de lo mexicano.

Estudió primero en el Liceo Fournier, dirigido por su padre, Don Carlos Fournier, ubicado en la calle "Estampa de Lorenzo" y más tarde en San Ildefonso donde cursó la Preparatoria, todavía impregnada de las ideas positivas de Barreda, para seguir posteriormente, la carrera en la Facultad de Medicina. Por los testimonios de sus compañeros sabemos que Raoul Fournier estudiante, no pasó desapercibido. Formó parte del grupo que, insatisfecho con los conocimientos adquiridos, deseaba aprender más. La crítica expresada por esos jóvenes a través de la revista "El Cáncer" que editaban en la Facultad, contribuyó a mejorar los programas de enseñanza. Al graduarse con el limitado bagaje científico que podía obtenerse en una escuela con tan escasos recursos, en un país que apenas empezaba a recuperarse de una revolución sangrienta, el joven Dr. Fournier, congruente con sus antecedentes culturales, viajó a Francia para ampliar sus conocimientos al lado de los clínicos

famosos de ese tiempo. A su regreso a México con ideas y técnicas novedosas, se incorporó tempranamente a la enseñanza en la Facultad de Medicina. Aprendió al lado de Manuel Gea González y de Gastón Melo. Con éste último mantuvo una estrecha relación colaborando en la cátedra de clínica y en el cuidado de los pacientes y compartiendo, no sólo las tareas médicas, sino la afición por el teatro, la música y la buena y abundante comida.

De manera indirecta, fue también discípulo de Antonio Caso, quien tuvo una marcada influencia sobre la juventud de su tiempo. En la misma forma, por su avidez por la lectura, aprendió de todos los filósofos, literatos, historiadores y científicos que han contribuído a conformar el panorama cultural del siglo XX.

Tocó al doctor Fournier, como a otros médicos de su generación, iniciar el desarrollo de las especialidades en México. Mientras Don Ignacio Chávez cultivaba la Cardiología; Don Ismael Cosío Villegas, la Neumología; Don Salvador Zubirán, la Endocrinología y Don Aquilino Villanueva, la Urología, el maestro Fournier dedicó su interés a los padecimientos del aparato digestivo.

Gastroenterólogo por profesión, Don Raoul ha sido un humanista por vocación. Pertenece a esa clase de médicos que aparecen de cuando en cuando pocos en cada generación, que intuyen cosas no descritas todavía o ya olvidadas, con imaginación para incorporarlas a su medio; que no se contentan con tratar de aliviar al enfermo con prescripciones científicas; que escudriñan dentro del sufrimiento moral y los fenómenos metafísicos inherentes a la estructura humana. Su éxito profesional pone en evidencia lo que significa para el paciente el ejercicio de la medicina hecha con amor y genuino interés por el hombre.

En su larga carrera como médico, el Dr. Fournier ha ocupado puestos muy importantes. Ha sido Presidente de la Academia Nacional de Medicina. Fue por muchos años Jefe de Servicio del Hospital General y más tarde Director del mismo. Durante ocho años

dirigió la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde unificó el plan de estudios e integró la enseñanza teórica y práctica en lo que se denominó los "Grupos Pilotos" cuyos frutos todavía se perciben. Creó también el internado obligatorio de un año al final de la carrera. Como él escribió en ese tiempo, su preocupación fue: "formar médicos que sepan, sobre todo, pensar racionalmente, con métodos científicos, que adquieran conocimientos básicos no sólo de las ciencias médicas, sino del hombre, su sociedad y sus leyes, así como de las condiciones particulares del país".

En muchas ocasiones ocupó puestos relevantes en la Secretaría de Salubridad y Asistencia, desarrollando su labor con eficacia, imaginación y sentido práctico.

De una manera u otra, la influencia de la obra del Dr. Fournier ha llegado a la vida profesional de todos los médicos mexicanos de los últimos cincuenta años.

Como resultado de su inagotable interés por todas las cosas, su maravilloso sentido del humor, alegría de vivir y habilidad para establecer una relación fácil con la gente, el Dr. Fournier ha cultivado la amistad de todos los hombres prominentes de su tiempo. Estoy seguro de que no ha habido en México en las últimas décadas un intelectual, político, actor, músico, diplomático, poeta, pintor, escultor o científico de cierta relevancia, cuyo trato no haya cultivado Raoul Fournier y Carolina, su encantadora esposa.

El Dr. Fournier es un hombre excepcional. Revisar su biografía es recorrer los caminos de una permanente aventura. Entre el riesgo y la imaginación, entre el racionalismo y la pasión, su vida ha sido una constante acumulación de iniciativas. Posee un talento universal con algo de sartreanismo intelectual y utópico. Tiene la generosidad de la inteligencia y la costumbre de la cordialidad.

Don Raoul no es miembro a una generación, pertenece a todas, los que crecieron con él y los que lo seguimos; es parte de la medicina mexicana. No puedo pensar en nadie que merezca más el nombramiento de Académico Honorario.